

Montiel Ballesteros

Tipos del barrio

EL TERUTERERO



pesar de los desengaños,— no tantos, nos susurra el impenitente optimista,—optamos por alterar la frase escéptica aplicable a nuestros prójimos: «piensa mal y acertarás» y expresar: imagínate el bien para no equivocarte.

Es que es preferible el error, a concebir una idea calumniosa o peyorativa de un semejante.

Mire lo que se decía de Castelo, del buen Castelo, ingenioso y heroico buscavida, al cual, si nos dejábamos arrastrar por las apariencias, hubiésemos terminado por calificar de haragán, vividor y sinvergüenza de primera categoría.

Como en otro rango más elevado existen los maridos de maestras,—¡muy señores míos!,—entre «los que pescan en ruin barca», se cuenta el aprovechado y respetable gremio de los esposos de lavanderas.

Eso no significa otra cosa sino que, entre las educacionistas y otras señoras laboriosas, se tiende a rei-

vindicar de manera práctica y eficiente los desconocidos e irredentos derechos del sexo bello.

Las mujeres que apechugan con la responsabilidad de hacer frente al presupuesto doméstico.—según el filósofo.—colocan en su debido lugar a su compañero de fatigas en este valle de lágrimas.

Opiniones autorizadas dan al hombre—por obligación perentoria del equilibrio universal—más que la opción, el derecho de imposición de adoptar las extremas funciones del guerrero dinámico o las del poeta contemplativo y si que no místico.

Eso explica y justifica la nobilísima posición de los cónyuges interpretando la clásica fábula de la hormiga y de la cigarra trabajando la una, mientras el otro piensa, afila la espada o se hunde hasta el cuello en los nebulosos tembladerales metafísicos.

Yo atribuía a Castelo estas preocupaciones y disciplinas trascendentes, cuando el chisme popular, comparándolo groseramente con un zángano, insinuaba que era un atorrante, que vivía a costillas de su pobre mujer.

Es verdad que doña Ederundia, al parecer, era la única que trabajaba en la casa, y reseca y negra de la intemperie helada o ardiente, pasaba tempranito hacia el arroyo, doblada bajo los enormes atados de ropa sucia, que sus puras y santas manos volvían limpias y bien olientes de sol, de yuyos y de agual

Pocas veces Castelo se comedia a conducirle los atados y otras, escasas también, como en un juego de

gigante negro se movía recogiendo la nieve esparcida en el campo verde, de los manteles, las sábanas y las ropas blancas.

Yo no me daba por vencido y observaba a mi héroe, que a menudo se me perdía y reaparecía con aquella su figura sospechosa de hombre de la bolsa, que se roba a los niños.

Porque no hemos presentado a Castelo, que personifica, realmente, el más característico de los «hombres de la bolsa».

No sé si muy alto, —aunque lo parece, —Castelo es grande y desaliñado. Tiene el andar rápido. Su aspecto es feroz, con su cabeza enmarañada, su cara oscura, siempre sucia de una barba espesa e invasora que, por suerte, cuando uno se les acerca, en contraste con una frente de dos dedos, permite se le descubran unos claros ojos de niño y la más tímida y tierna de las sonrisas.

Esa mirada y esa sonrisa y el cariño con que Castelo trata a sus criaturas, —(debe tener ocho hijos y cuida cuatro perros y un montón de pájaros)—me hicieron esperar un milagro y el milagro se ha producido!

Un día hicimos juntos, con una hijita de aquél, el largo trecho de los arenales de mi barrio. Ella es amiga mía, como todos los «botijas» del contorno y, con su cándida cháchara, me enteró del misterio de la vida de su padre.

Yo que estaba convencido de que no poseía ningún

oficio, me sorprendo ante la novedad de que «es maestro» en una cantidad que no baja de media docena!

Es quinchador de ranchos, posero, grabador de mates, pescador, jardinero y, lo principal, teruterero

—¡Teruterero!, me sorprendo:

¿Qué es eso?

Y la chiquilina, sin darle importancia a mi asombro, me explica:

—¿No lo ha visto a papá con las bolsas?

—Sí.

—Bueno, cuando no trae zapallos o «moniatos» de las quintas donde trabaja, trae terutereros.

—¿Y de dónde los saca?

—Del cielo.

—¡Del cielo!, me volví a desconcertar, casi a espantar, ante una revelación tan sorprendente. ¡Qué acto de magia, qué arte celeste y sobrenatural le permitía al hombre de la bolsa llenarla con esas hermosas aves criollas y sacadas del cielo!

Me supuse que mi diminuta informante no me iría a ilustrar con claridad al respecto, pero indagué:

—¿Tú lo has visto?

—Sí, señor... Natural... A veces nos deja ir a nosotros... Y adoptando un aire muy grave, agregó:

—Pero, sabe, si usted quiere ir, tiene que estar muy quietito y callado, ¿eh?

—Vaya, te aseguro que pareceré una estatua de piedra, le prometí.

Llevó sus ojos al cielo y exclamó con seguridad de iniciada:

—Dejuro . . . que mañana . . . Si está feo el tiempo, mejor. Hoy vino el hombre y dijo que no tenía más.

—¿Qué hombre? ¿Qué no tiene más?, averigüé, realmente picado de curiosidad.

—El hombre del automóvil, que se lleva los teruteros, y me agregó:

—Ya no nos queda ni uno pa remedio, sabe.

Iba de asombro en asombro.

¡Castelo era teruterero y extraía su preciosa caza del cielo!

Se imponía una última pregunta.

—Dime, querida . . . ¿Yo también podré ir a verlos?

—Sí . . . Si papá lo deja.

—¿Y los agarra desde el techo de la casa de ustedes?

—No, vamos a la quinta de Pérez, ahí no más. En la arena, donde no está plantado.

—Bueno, entonces sácame permiso con tu papá que yo quiero ir mañana.

Temprano, cuando el sol irisaba brillante en todas las gotas de rocío del pasto, yo ya andaba aguaitando al ser misterioso, al hombre de la bolsa.

Seguido de su hijita, mi compañera del día anterior, él llegó sonriendo, pidiéndome disculpas por la tardanza . . .

Esta obedecía a dos causas: la noche anterior había andado de pesca y tuvo que dormir un poquito . . . y luego esperaba que el sol se nublarase—momento muy propicio para sus manejos—cosa que hacía unos minutos sucedía.

Traía Castelo cuatro largas cañas, una red de piolín y una bolsa, en la cual se agitaba algo.

Todos aquellos serían los instrumentos mágicos de su ceremonia.

Me pidió que me alejara un poco con su niña y que nos disimulásemos lo más posible, en la tierra

Nosotros nos echamos, cautos y táticos en la arena. El, entre tanto, armó su red rudimentaria, tendió los piolines para en el momento oportuno hacerla caer sobre los prisioneros y cuando yo creía que iba a proferir una invocación de abracadabra, sacó de la bolsa un terutero y miró hacia arriba.

También al cielo fueron mis miradas.

Yo no veía sino el firmamento entoldado de gris.

El dijo, bajo:

—Uno . . . uno . . . dos . . . dos . . . ahora tres . . .
¡Una bandada!

Yo continuaba no viendo nada.

El hombre le abrió las alas a su señuelo; lo sostuvo por ellas en el aire . . . Como consecuencia de su molestia o porque adivinó a sus congéneres en el cielo, comenzó a llamar, angustiada:

—¡Teru-terero! ¡Teru-terero! ¡Teru-terero!

¿Qué diría en su idioma la pobre cautiva? ¿Cómo llegaría su mensaje al corazón de sus lejanos y libres

hermanos, perdidos allá arriba entre las nubes? ¿La oirían? ¿Le responderían?

Los terutereros no fueron sordos ni indiferentes al reclamo. Luego de un breve espacio contestaron y no tardaron minutos que los alcanzamos a descubrir, describiendo grandes vuelos circulares y terminando por acercarse hasta caer en el radio de la red, que movida por las guías del piolín, pronto se cerró sobre sus víctimas.

Así, una serie de veces, se repitió la maniobra, que me parecía cruel, hasta despiadada.

No pude contenerme de manifestárselo a Castelo.

Y él, siempre con sus ojos de niño y su sonrisa humana y tierna, me refutó, lleno de dulzura:

—Y, hay que vivir... Somos diez en casa y unos perritos... y otros bichitos... A mí me gustan los pájaros y después, sabe, yo no les hago mal... Los cazo porque hay que vivir! ¡Los pagan a tres reales! Siempre hay clientes... Los usan pa los jardines... Es un bicho lindo, ¡eh!

Y nos separamos.

Yo me voy con una enorme tristeza por las pobres aves libres que han perdido su libertad!

Pero, ante todo, como soy un ejemplar humano, me llevo también la alegría inmensa de saber que Castelo, el hombre de la bolsa, es un ser digno y laborioso, que hasta se vuelve un poco motivo de poesía con su oficio de teruterero y la definición de su chiquilina, que narra que saca sus aves del cielo!